

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 16.—1.º de Noviembre de 1870.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*



¡SOCORRO Á BARCELONA, ALICANTE Y VALENCIA!

La guerra franco-prusiana ha causado y está causando, entre otros muchísimos males, el de familiarizar nuestra sensibilidad con cuadros horribos de muertes y desolacion, al lado de los cuales parecen pálidas las pinturas mas vivas de los mayores infortunios. Las ciudades que se hunden bajo los proyectiles traidores, los habitantes que huyen, los campos que se talan, los pueblos que arden, los combatientes que caen; todo ese estruendo homicida, que convierte las comarcas florecientes en tierra de luto y desolacion, los sembrados en mataderos, y los surcos en sepulturas; todo este horrible espectáculo, al mismo tiempo que nos impresiona, nos habitua á la vista del dolor en una escala inmensa, y nos predispone á sentir con menos vehemencia, infortunios que en otra ocasion nos hubieran conmovido profundamente. Daño gravísimo, porque compadecemos segun sentimos, y auxiliamos segun compadecemos.

Ese polvo del combate, ese humo de la pólvora, esos vapores de sangre, al través de los cuales nuestra imaginacion ha penetrado tantas veces, ¿no influyen algo, no influyen mucho para que no nos aflijamos tanto como deberíamos, ante el doloroso cuadro que presentan nuestras provincias marítimas de Levante? Barcelona, Alicante y Valencia, no escuchan el estruendo del cañon, ni ven el brillo siniestro de las armas, ni tienen que abrir sus puertas al invasor victorioso; pero acerquémonos á esas ciudades que la guerra no aflige con sus horrores, y veremos otros tan dignos de lástima, y no menos necesitados de auxilio. Cuando los capitales emigraban ó se escondian, y faltaba trabajo; cuando las huelgas privaban al jornalero de su jornal, y tal vez de las simpatías de que tanto necesita en la hora de la desgracia; cuando las malas cosechas habian hecho salir cientos de millones, en vez de entrar, en pago de nuestros ce-

reales; cuando el desquiciamiento de la hacienda, la penuria del Tesoro, y la falta de equidad en la distribución de sus mermados recursos, sumia á clases numerosas en la miseria; cuando la guerra entre Alemania y Francia interrumpia nuestras relaciones mercantiles con esta última, causando grandes perjuicios á muchos puertos del Mediterráneo; en esta situación aflictiva y verdaderamente angustiosa, llega la peste, enemigo invisible, que siembra en silencio la desolación y el espanto. Al acercarse los prusianos á las ciudades francesas, no han salido sus habitantes en tanto número como los de Barcelona, Alicante y Valencia, aterrados por el temor del contagio. La gente bien acomodada emigra, y los pobres á quienes daban trabajo ó limosna, quedan en el mas terrible desamparo. La epidemia es contagiosa; se la quiere poner coto con la incomunicación, y el aislamiento interrumpe el comercio, paraliza la industria; puede decirse que casi mata la vida social. Se cree que hay focos de donde el mal parte; para destruirlos se arranca á los habitantes á sus hogares, y aplicando á la letra el *salus populi*, barrios enteros quedan vacíos, trasladando á sus pobres moradores á parages mas salubres. Sus trabajos habituales se interrumpen, y tienen que vivir en triste ociosidad á costa de las rentas públicas. Las corporaciones provinciales y municipales que carecian de recursos, y no podian cubrir los gastos de los establecimientos benéficos, tienen que acudir á este gran desastre, en que á tantos miles de voces que piden pan ó trabajo, responden tan pocas ofreciendo limosna y jornal. La miseria está sirviendo de poderoso auxiliar al contagio; ¿y esta verdad sencilla y sabida de todos, no dice nada á nuestro corazón y á nuestra conciencia? ¿Qué diríamos del que pudiendo llevar fácilmente auxilio á una ciudad hermana y sitiada, la dejara perecer en el abandono? Pues esto dirán de nosotros Valencia, Alicante y Barcelona, si permanecemos indiferentes á su terrible infortunio, y si cada cual, en la medida de sus fuerzas, no procura darles algun consuelo. Los que allí permanecen luchando con la peste y la miseria, si lo hacen por deber cumplen uno de los mas duros, si por caridad dan un alto ejemplo, y dignos son en todo caso de que los tendamos una mano fraternal, y les enviemos la espresion de nuestra simpatía; y aquellos á quienes encadena la pobreza á los lugares en que se cierne la muerte, bien merecen que les alarguemos una limosna. No hace mucho la hemos pedido en nombre de los heridos extranjeros y no se nos ha negado; hoy la demandamos para los que el contagio diezma ó reduce á la miseria. Valencia, Alicante y Barcelona, con las casas de sus pudientes cerradas, sus pobres hambrientos, sus barrios en que no ha quedado morador alguno, y sus cementerios que

poco á poco va poblando la epidemia, tan dignos de lástima son como esos pueblos de Francia ocupados por el invasor victorioso. Acudamos á su infortunio, hagamos de este auxilio caso de honra; que si ante el extranjero en armas, el honor es la lucha, ante la epidemia, el honor es la caridad. Mengua sería que miráramos impasibles cómo la miseria se hacia aliada de la muerte, sin que nuestra compasion llevase ningun socorro á la vida; mengua que, porque el contagio no puede llegar á la tierra que habitamos, la compasion no llegase tampoco á nuestro corazon.

Todos debemos auxilio á esas ciudades atribuladas, pero muy particularmente sus hijos y habitantes que de ellas se han alejado. Dicen que en Valencia se exigen algunos reales á los que huyen; nosotros, en vez de imponer una contribucion, les diríamos: «La ciudad te dió albergue muchos años, tal vez toda la vida; te dió sus hijos para que te sirviesen y auxiliasen, te dió su aire, su sol, sus flores, sus alegrías, cuando las tenia. Hoy llora, y tú la dejas: no te acusa, el heroismo no obliga; pero al alejarte, al romper el dia del dolor los lazos formados en la prosperidad, no te apartes indiferente de tus hermanos atribulados; no les niegues un socorro que haga menos triste el conflicto que no pueden evitar como tú. Si tienes corazon y conciencia, alarga una limosna, si no di tu nombre, para pedir á Dios que te perdone.»

Nuestra voz, aunque débil, se levanta por si logra despertar otras que deben hallar mas eco, y de lo mas íntimo de nuestro corazon decimos: ¡Socorro á las ciudades atribuladas! ¡Socorro á Barcelona, Alicante y Valencia!

Concepcion Arenal.

MAS CONTRA LA GUERRA.

Anotando Juan Bautista Du-Hamel el versículo 7.º, capítulo 18 del Evangelio de San Mateo, en donde se sienta *que es necesario que vengan los escándalos, dijo con grande acierto, que es tal la mezcla de bienes y de males, que dificilmente pueden evitarse.*

Sin que lo dijera la Biblia ni sus comentadores, enseña la razon y confirma la historia que en todos los tiempos, desde el comienzo del mundo hasta hoy, y en todos los pueblos y gentes, desde Adan hasta nosotros, han existido necesariamente males, delitos y luchas, consecuencia inevitable de las pasiones humanas. Partiendo de esta base, no ha faltado quien lea mis protestas contra la guerra actual y contra todas las guerras, mirándolo como un dorado ensueño, un

deseo vano, una pretension mas dificultosa que la de suprimir la sombra y la gravedad de los cuerpos.

En verdad que no he podido lisonjearme de que las lides se acaben por completo y para siempre, por mas que se insista en denunciar sus daños, y en patentizar sus horrores é injusticias; pretenderlo sería una locura, por mucho que la disimulase la buena intencion y el santo fin. Mientras haya soberbia, habrá lucha entre los vivientes.

Pero cuenta que, frente á esa locura, puede levantarse otra vesania, menos disculpable y mas funesta, exclamando: *supuesto que el mal ha de existir irremisiblemente, crucémonos de brazos y resignémonos.* ¡Cómo! ¿Con que por la necesidad del mal se nos niega la posibilidad, el derecho y el deber de minorarlo, contenerlo, corregirlo y dulcificarlo? A ese extremo, opuesto al precedente, solo puede conducir la desconfianza, la desidia, la falta de fe viva ó la desesperacion; parémonos con juicio sereno en los puntos intermedios.

Aunque siempre haya de haber robos, homicidios, incendios, talas, violencias y tiranías, nadie ha sostenido con buen seso que es inútil predicar contra el vicio, y que no debe doctrinarse á la juventud. Por débil que sea el consejo, la enseñanza y el ejemplo sobre los malos caracteres innatos, no cabe condenar en principio la educacion de la niñez, ni los medios de moralizar al pueblo. Eso equivaldria á proscribir la enseñanza maternal, la escuela primaria, la cátedra, el periódico, el libro, la ciencia, y cuantos elementos han civilizado á las naciones.

Los mismos escritores, que con espíritu ligero y seductoras formas han estampado las frases: *la guerra es el estado habitual del género humano; la paz de cada nacion no es mas que una tregua,* ¿no se empeñan y esfuerzan, orgullosos y esperanzados, por inculcarnos sus ideas, y hacer prosélitos de su doctrina? Sueñan que la humanidad es automática, y al propio tiempo pretenden erigirse en sus maestros, reconociendo el poder de la persuasion. Predican la verdad y la justicia cual ellos las comprenden, y se dirijen á una sociedad que llaman viciosa y corrompida. ¡O es que solo ellos se creen doctores legítimos del género humano!

No, no existe el mundo ni la especie humana para el mal, sino para el bien; y el que lo contrario proclame, blasfema del Criador, ofende á sus semejantes, y da una idea tristísima de su corazon y de su espíritu. No, no es tan general la perversidad, por dicha nuestra, que deje de aprovechar la doctrina en la mayoría de los individuos. Las organizaciones excepcionales son muy pocas; los idiotas y los malvados son tan raros como los génius sublimes. Siglos pa-

san sin que se vea un Neron ó un Robespierre, y sin que aparezca un Newton ó un Cervantes.

Así que, cuando condenamos las calamidades sin cuento que produce la guerra; cuando pedimos á las almas puras que con nosotros la abominen, encareciendo entre sus hermanos las excelencias de la paz; cuando con los socorros á los enfermos y heridos en los combates, aspiramos á que se envíen anatemas contra la lucha de la bayoneta, del fusil y del cañon, no es que tengamos la aspiracion insensata de que las batallas concluyan definitivamente. Queremos, sí, porque es razonable y hacedero, que cada dia haya mas personas convencidas de la gravedad del mal; mas adversarios de las luchas internacionales é intestinas; mayor número de enemigos declarados del combate material y del derecho de la fuerza. Por este camino se reunirá fuerza moral mas poderosa contra esas carnicerías feroces y escenas de sangre, y disminuirá el círculo de los que las preparan, promueven, aconsejan y decretan. En esta y otras materias, cada individuo que se aparta del error y viene al campo de la verdad, es un triunfo plausible ante Dios y los hombres.

¿Se quiere una prueba palmaria de que los mismos actores de la guerra condenan su obra? Ved lo que pasa al escudriñar el origen de la lucha franco-alemana. Prusia se lava las manos, obligada por la provocacion; los franceses procuran quitarse la nota de escitadores. Napoleon parece que no la queria, y que cedió al deseo del pueblo; el ministerio Olivier la resistió, sucumbiendo al empuje de la opinion; la prensa periódica sale ahora con que no fue ella ni el pais quien empujó, sino la mayoría de las Cámaras, ansiosa de consolidar la dinastía imperial; el gobierno provisorio hace responsable de todo á los poderes caidos, y proclama que la república desea la paz. Nadie quiere llevar sobre sí el sambenito de la provocacion de la guerra. Tanto han ganado las ideas modernamente, y es de pensar que aún ganen mas con el martirio de horrores, devastaciones y humillacion que pasa la pobre Francia.

Insistimos, pues, en predicar contra la fuerza bruta, contra las armas destructoras, y contra todos los actos y medios de desolacion y de muerte, sostenidos por la vanidad, por el rencor, y por los odios de nacionalidades y de razas. Quitemos partidarios á la doctrina soberbia, de que el honor y el decoro de los Estados deben ventilarse por la guerra, en vez de apelar al arbitraje de otras potencias. Como la legislacion abolió las pruebas del agua, del fuego y del tormento, proscriban los hombres de razon la que se funda en el obús, y en las paralelas de los ingenieros militares. Sea nues-

tra enseña la cruz roja en bandera blanca, y nuestro grito único:
¡Viva la paz!

Que las madres, las esposas, las hermanas, y todas las personas de ilustracion y de entrañas aprovechen ocasion tan oportuna de maldecir las consecuencias de la guerra, y de glorificar los beneficios de la paz. Que ni periodistas, ni asociaciones, ni pueblos, ni particulares cometan el desacierto de emplear la palanca de su influencia en incitar las pasiones hostiles, en exagerar la vanidad nacional, en promover conflictos, ni en apremiar á los gobernantes á la lucha. Así habrá menos militares que la deseen, menos políticos que conspiren en su favor, menos diputados y ministros que la aconsejen, y menos monarcas que osen emprenderla contra el torrente del voto público. Con el título de heroicidades ha celebrado el mundo enloquecido los mas atroces crímenes y la mas fiera barbarie.

Almas caritativas, que contribuís con vuestras dádivas al alivio de los heridos en la presente guerra, añadid á vuestros dones las palabras amorosas del que vino á salvarnos: *¡Paz, paz, paz!*

Fermin Caballero.

EL HOSPITAL.

Traduccion directa del ruso, de Nekrasoff.

La siguiente composicion, una de las que destinamos á ver muy pronto la luz pública en una coleccion escogida de poetas rusos que hemos traducido á nuestro idioma, tiene por objeto describir un hospital, no como lo han hecho los filántropos, sino como pudiera un autor satírico. ¿Se atrevería á penetrar la sátira en el templo del dolor sin perder su causticidad, y revestir las formas de la mas profunda filosofía? No, ciertamente. Nekrasoff aspiraba á la gloria de Juvenal y ha pintado cuadros dignos de Tácito: hasta tal punto el espectáculo de las desgracias humanas puede modificar las ideas del espectador, y trasformar por completo las disposiciones con que emprende su obra. El insigne poeta moscovita, abriendo las ventanas del hospital para respirar un momento un aire menos inficionado, ha visto levantarse á sus pies el bullicio de la ciudad, y muchos de los males sociales que llevaron al lecho del dolor al actor distinguido, al incansable literato, al cuidadoso padre de familias. La pluma del escritor, como el escalpelo del anatómico, ha recorrido

los puntos en que se localizaba el mal y hacia mayores estragos, logrando interesar á los lectores y llevar su atencion de cuadro en cuadro hácia diferentes escenas, á cual mas dolorosas. Cómo lo ha conseguido, no debemos decirlo nosotros, sino los que con mas experiencia de las desgracias y males de la sociedad, han pasado por alguna de las situaciones que magistralmente describe Nekrasoff. Bástenos la satisfaccion de dar á conocer á los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD una escojida muestra de la publicacion que vamos á emprender, en un pequeño poema, donde se encuentran un cumplido elogio de la institucion de San Vicente de Paul, y una escitacion continúa y elocuente á los sentimientos caritativos en la conversion del criminal, que no pudo conocer la excelencia de la virtud hasta que la caridad se encargó de enseñársela.

He aquí la composicion de Nekrasoff, que es tenida entre sus compatriotas como una perla de la literatura rusa. Todas las que forman parte de nuestra coleccion las hemos traducido en verso á nuestro idioma; pero esta requiere, por su asunto y por el giro que le ha dado el autor, que se conserve íntegra en todos sus pensamientos y aun en las palabras, y para esto es indispensable presentarla con toda la gravedad de un escrito filosófico en prosa.

«He ahí el hospital. El administrador, medio dormido, alumbró un oscuro rincon, en que se nos presentaba agonizando trabajosa y lentamente un pobre escritor. Compadecimos su angustiosa situacion, porque encontrándose necesitado de auxilio en la capital no dió aviso á ninguno de sus amigos, antes bien se refugió en el hospital. ¿Y qué importa, nos dijo chanceándose? En el hospital descanso. Con observar á todos mis vecinos me divierto. De ellos, en verdad, hay muchos dignos de la pluma de Gógol.

»He aquí uno que anda entre las camas con escelentes proyectos; mas por desgracia no encuentra dinero, que si lo hallara, él revolveria diamantes entre las ortigas, porque recuerdo que una vez me vendió su proteccion y me prometió un millon, y no menos, para empezar las ganancias.

»He allí un actor viejo, que acusa mintiendo á los hombres y á la Providencia, que declama sus viejos papeles, que en todas partes desenvaina sus versos, lanzándolos como con desprecio de su auditorio. Es, sin embargo, bondadoso y simpático, aunque altivo; ¡lástima que esté durmiendo, tal vez haya muerto! ¡Ah! si viviese, ¡cuánto os haria reir con su gracias!

»El número 17 está callado; ha poco tiempo que soñaba con su aldea, pidiendo las últimas caricias á su familia, y besos á sus hijos y su esposa. No le despertéis, ¡pobre enfermo! Bien está con el

olvido y aun con la muerte. Para ti no hay otras manos amables ni delicadas que las del practicante de guardia. Mañana se hará el registro y la limpieza de la sala, y envolviéndole en la sábana mortuoria, y apuntando su nombre en la lista, le llevarán á la sala de los muertos, y volviendo á consignar su nombre por la vez postrera, se le llevará al sepulcro.

»Que no venga su esposa, de sensible corazon porque ha de encontrar en el hospital á su marido, aunque pudiera levantar con sus quejas á todos los habitantes de la capital.

»Por casualidad hemos presenciado poco há un terrible espectáculo. Un pastor protestante vino en cierta ocasion á ver á su hijo, y despues de haber andado mucho tiempo entre los cadáveres, el guarda hizo que buscasen á su hijo en la sala de los muertos, diciéndole con la mayor indiferencia que allí podia encontrarlo. Conmovióse horriblemente el pobre anciano, postróse en tierra, y perdió, segun cuentan, el juicio. Arroyos de lágrimas corrieron por su semblante, y anduvo entre los cadáveres sin abrir la boca, miró la muerte en el rostro de su hijo, y siguió callando y mirando otros cadáveres.

»Sin embargo, no siempre manos estrañas cierran aquí los ojos á los acojidos. Recuerdo que se trajo á un ladron viejo, rota y ensangrentada la cabeza. Era que á la media noche, un compañero de calabozo le habia cubierto de heridas: él no le correspondió; sus amenazas fueron inútiles. Acercóse á él la Hermana de la Caridad, y se estremeció. En tan estraño silencio pasó un minuto, mirándose ambos; pero á poco el viejo ladron, ébrio y ensangrentado, rompió en amargo llanto á la vista de su primera y antigua amante. Habíanse conocido en su juventud: pero el anciano mudó por completo de conducta; pasó las noches y los dias en continua oracion; sujetóse á todas las prescripciones de los médicos; pero no encontró remedio su enfermedad física en las medicinas espirituales. La hora de su muerte fue terrible; todavía recuerdo aquella noche tristísima. Sin aliento estaba ya, mas la voz del amor lo perdona todo. Las oraciones al Sér Infinito se esparcian lentamente sobre la agonía del amado del corazon. La Hermana de la Caridad vendió todo cuanto poseia, y pudo darle con su precio honrosa sepultura. ¡Pobre mujer! Breve fue tambien su existencia; y á la que tanto amó, ¿qué proporcionó el amor que no fuese desgracias, y tristezas, y tormentos, y vergüenza desde la juventud? ¿Y al fin de su carrera, la inesplicable amargura de la suprema despedida?

»Por este lugar, señores míos, han pasado tambien escritores. Pálido y modesto se nos presentó un joven cierto dia, con un cua-

dero en la mano. Desde el mediodía de Rusia habia venido á pie, traído por el entusiasmo y por las ilusiones que le hiciera concebir nuestra lejana capital. Pensó el desgraciado entrar en el templo de la gloria, y al cabo contentóse con ser admitido en el hospital. Cuando nos leía á todos sus infantiles delirios, no encontraba sino befa y escarnios. Yo era el único que al oírle no reía; ¡oh! no, triste idea. Amados escritores, en nuestro destino hay impreso algo de fatal: si vosotros nouviéseis fe en vosotros mismos, si fuéseis árbitros de elegir vuestras tareas, de cierto no os sucederian tales casos. ¡Pobres pedantes y folletistas! Pero, amigos, tampoco habria escritores como los Scott, Shakespeare y Dante. Para que uno se eleve sobre el nivel de sus compañeros, el combate de la vida lleva á la muerte á los mas débiles. Nada en la vida se da gratis; el destino pide sacrificios de redencion, y en número nada escaso.

«Al llegar á este punto de la relacion exhaló nuestro amigo un profundo suspiro, y empezó á delirar. Nosotros nos sentamos á su lado hasta que se durmió, y nos retiramos en silencio.»

Antonio Balbin de Unquera.

LA ESCUELA DEL INFORTUNIO.

Júzgase á veces que al acercarse alma caritativa al alma atribulada, hombre feliz al hombre infortunado, solo este recibe consuelos y beneficios; pero en verdad que son muchos los que por experiencia saben lo contrario.

Indefinidas y muy diversas las fuerzas del espíritu, nunca las mayores se hallaron en medio de la riqueza, los placeres, el lujo y la ostentacion. Sentimientos hay que debilitan, y otros que entonan y robustecen el ánimo del hombre. La altivez y egoismo que suele engendrar la riqueza, la molicie y hastío que causan los placeres, la vanidad y falsa estima de sí mismo que producen la ostentacion y el lujo, no son ciertamente sentimientos vigorosos, sino muy á propósito para el enflaquecimiento y disipacion de nuestras virtuales potencias y nativa energía.

La experiencia, por el contrario, enseña que en el trabajo y en la lucha con el infortunio, el espíritu se amaestra, y engrandécese de ordinario. Entre las privaciones y los combates formó su Araucana Ercilla; el Tasso su Jerusalén, en medio de la adversidad de una pasion desgraciada; y Cervantes su inmortal Quijote, entre las sombras y dureza de ignominiosa cárcel. En el humilde y solitario recinto de un claustro religioso maduró Colon, pobre y abandona-

do, sus planes gigantescos de exploracion de ignotos océanos, de cuyas misteriosas tinieblas habia de sacar un inmenso continente. Palissy desarrolló su genio fabril y artístico, al que debe Francia su famoso establecimiento de Sevres, en la tosca vida de aprendiz de alfarero.

Los poderosos de la tierra, que han sido en la humanidad verdaderamente grandes, se apartaron para serlo, del engreimiento de la sensualidad y del vano fausto. Aquella reina de las mas ilustres de España y del mundo, que unió la soberanía de su cetro y de su inteligencia al génio de Colon, para ayudar á este á realizar su intrépida hazaña al través de los mares, y que convirtió para su patria en siglo de oro el de hierro en que naciera, hilaba entre sus dedos el estambre del vestido de su esposo; y este, el gran Fernando V, ufanábase de ello ante su régia servidumbre. Y su egregio ministro el Cardenal Cisneros, que con sus propias rentas y con su misma persona realizaba la gloriosa conquista de Oran, para librar al Mediterráneo y á Europa de la audaz piratería que los infestaba, y era ejemplo á gobernantes y monarcas de sabiduría y grandeza, ni abandonó jamás bajo la púrpura su áspero sayal de franciscano, ni dejó de cumplir en la excelsitud de su poderío las penitencias y austeridades de su monástica regla.

¿Cómo en cambio venció el romano Fabio al cartaginés Anibal?.... Con solo dejarle astutamente reposar en las enervantes delicias de la seductora Capua.

¿Cómo se hundió el desdichado triunviro Antonio?... Adormecido en los brazos de la hermosa Cleopatra, reina infeliz de Egipto.

¿Cómo languidece y agoniza aquel *enfermo*, de que hablaba el Czar Nicolás de Rusia, el vasto imperio de Turquía?.... En el seno de sus orientales vicios, de su corrupcion sensual, de la corrosiva organizacion de su poligámica familia.

Los vientos del cristianismo, las virtudes severas, el oxígeno moral de las almas, es necesario que animen con sus vitales corrientes á las sociedades y á los hombres, para que no desfallezcan y caigan sobre el cieno, asfixiándose en sus impuras emanaciones. ¡Cuántas veces los conflictos y desventuras nos levantan de ese cieno por una súbita sacudida!

Quando sufrimos dolores, quando vencemos obstáculos, quando con perseverancia logramos apartar injustas contrariedades, ó quando cumplimos la humana ley del trabajo, las fuerzas latentes y adormecidas de nuestro espíritu se desplegan en su prodigiosa elasticidad, y crecen sus velos, y llegan mas alto.

Quando el ageno suplicio, la tribulacion agena, las amarguras

de otra existencia, llaman á las puertas de nuestro corazon y las abre á la dulce simpatía con el infortunio que conmueve sus fibras, nuestro espíritu despierta, si está aletargado; y al sufrir con el que sufre y llorar con el que llora, además del instintivo y patético goce de ejercitar una sensibilidad que para algo Dios le ha dado, aprende en el ageno daño el peligro propio, y por natural impulso apercíbese á luchar, cuando necesario sea, con el mal que le asalte en el camino de la vida. Entre tanto aprecia mas y saborea con gratitud el bien que tiene y en que antes no pensaba; y nuevas y eléctricas emanaciones de esperanza y de vigor circulan por todo su sér, lo entonan, lo regeneran, causándole esa emocion profunda, que con nada se equivoca, y que llega á hacer brotar, como espresion inefable, lágrimas de pura alegría, mezcladas con las de tierna compasion.

El sufrir el mal tiene, como todo en la tierra, sus providenciales compensaciones.

El hacer el bien tiene fruiciones indecibles. Mejora al que le hace, alivia al que le recibe. Salen, pues, ambos con segura ganancia. ¿Quién la tendrá mayor? ¿El alma caritativa ó la atribulada? ¿El sér feliz ó el infortunado?.... Si vaciláramos en responder, sería que no habíamos presenciado todavía, ó meditado bien, los goces y ventajas de la caridad. ¿Por qué no decirlo resueltamente? En las acciones benéficas, en el comercio con el infortunio, mayor ganancia tiene el alma caritativa que la atribulada; el hombre feliz que socorre, que el infortunado que es socorrido. ¡Consoladora y sublime verdad!.... Al practicar fervorosamente el bien los primitivos cristianos en favor de sus mismos perseguidores los gentiles, á estos les hacian *buenos*, y ellos hacíanse *santos*. Y hoy, y siempre, el que hace bien, mejora al que recibe y mejórase á sí mismo. Hoy, y siempre, con la virilidad, con la resignacion, con la energía, propias de las almas que se educan en altos sentimientos, la escuela del infortunio, por leyes generales de providencial compensacion que en el mundo rigen, ofrece grandes enseñanzas y morales aprovechamientos, que ayudan (mas que la dicha y los placeres) á caminar por el mundo con serenidad y firmeza á los nobles miembros de esa noble familia que llamamos *la humanidad*.

Carlos Maria Perier.

INDIFERENCIA Y EGOISMO.

Con razon dijo uno de nuestros ilustrados colaboradores (1), que la benevolencia es el camino de la caridad. Con no menos razon puede asegurarse que la indiferencia conduce al egoismo.

Mucho nos quejamos del egoismo, y pasa casi desapercibida la indiferencia, que es su base; y base tan generalizada, como que sus efectos los vemos todos los dias y en todas las cuestiones, desde la mas grave hasta la mas insignificante.

Es curioso observar que en nuestro pais y en este siglo, en que parece presidir el genio de los descubrimientos, de los adelantos y de los progresos, lo cual debiera infundir vehemencia y fervor en todo, se note, sin embargo, cierto indiferentismo para lo bueno y para lo útil, que deja en lamentable aislamiento á los que tratan de influir en la opinion pública y darla una buena direccion.

En religion, es indudable que hay mas escépticos que incrédulos. Mas que fanáticos reformadores ó espíritus extraviados, vemos una sociedad que no se ocupa de religion, porque encuentra cómodo el no pensar en el origen ni en el fin del hombre, acallando su conciencia con el ruido deslumbrador de la vida material.

En política quedan algunos paladines fogosos de una idea, ya racional, ya utópica; pero si se analiza lo que predomina en esas masas de los pacíficos habitantes de las ciudades ó de las gentes sencillas del campo, fuera de lo que representa un interés de engrandecimiento personal, lo que vemos generalmente es un desdén hácia la política, tratándola de detestable sin haberse tomado el trabajo de estudiarla.

En materia de ciencias, todavía el indiferentismo es mas notable. ¡Pobre del hombre que pasa sus dias de trabajo y sus noches de insomnio en profundizar alguna materia científica! Su libro quedará para adorno en los estantes de las librerías. Si media docena de personas lo leen y lo estudian, media docena de millares lo verán con la mas suprema indiferencia, y si algo leen, será solo el título.

Esto mismo, ó algo parecido, se ve en los demás ramos del saber humano y en las cuestiones de la vida social. Siempre indiferencia; siempre cierta aversion á todo lo que sea pensar, moverse, obrar y salir de ese estúpido *dolce far niente*, que se cita como una graciosa frase, y es sin embargo un anacronismo en un sér á quien Dios ha

(1) Don Antonio María Segovia, en sus artículos sobre la benevolencia.

dado cabeza para pensar, corazón para sentir y fuerzas físicas para obrar.

Aplicando estas observaciones á la caridad, hallaremos que no solo no se liberta de esa plaga, sino que se ve comprimida por ella de la manera mas lamentable. En cuestiones de beneficencia, en todo lo que se roce con el hábito de favorecer á nuestros semejantes, vemos el indiferentismo apagando los buenos instintos y contrariando las buenas tendencias.

Hay pobres que socorrer, enfermos que atender, dolores que consolar, desventuras de todo género que remediar; y en presencia de este coro inarmónico de los que piden y de los que lloran, el hombre, generalmente hablando, cierra sus ojos y sus oídos con el cómodo recurso de la indiferencia. No ver, no oír, no saber nada de estas cosas, es el gran medio que emplea para que no turben sus placeres y su ocioso bienestar. Personas vemos todos los días que, puestas enfrente de un grande infortunio, no podrán ser completamente egoístas porque quede todavía en su alma algun resorte bueno; pero esas personas, para evitar el *peligro de ser compasivas*, adoptan el sistema de eludirlo, y se defienden de tales espectáculos con el escudo de la indiferencia.

Hay muchos egoístas, pero hay muchos mas indiferentes. El egoísmo, al cabo, es tan repugnante, es tan imposible que tenga excusa ni defensa, que nadie se atreve á proclamarlo abiertamente como principio, ni á recomendarlo como regla de conducta; pero la indiferencia es mas cómoda. No haciendo nada, ni se molesta, ni se sacrifica, ni arrostra el descrédito y la repulsión que inspira el egoísmo declarado.

Un pobre yace tendido en la calle; enfermo, abandonado, moribundo quizás. El transeunte egoísta se acerca, lo ve, y sigue impassible su camino. El indiferente obra de otro modo; pasa á la acera opuesta, y aparta la vista con fingida naturalidad del grupo que rodea al pobre. Teme aparecer ante el público como egoísta, y hace como que no ve; teme al mismo tiempo dejarse llevar de un impulso caritativo, y lo sofoca con no enterarse de lo que aquel grupo significa. Si la dureza del primer transeunte es repugnante, no es disculpable el proceder del segundo; el efecto de ambos es igual, y hasta en el último hay algo de miserable cobardía.

No todos los indiferentes son, sin embargo, como en el ejemplo que hemos puesto, egoístas disfrazados y hábiles calculistas. Hay muchos, y son quizás la mayoría, que obran por irreflexión, porque su espíritu pequeño y sus ideas mezquinamente desarrolladas, se fijan solo en cuestiones baladíes, y en todo lo que proporcione pla-

ceres fugaces y distracciones del momento. Esas personas no tienen mal corazón; no resistirían al espectáculo de un cuadro de miseria, visto, leído ú oído referir; pero no se ocupan de ello, porque para llenar toda su actividad basta cualquier fruslería. Verán en el teatro una situación de pobreza que les contrista, y un acto de caridad ó abnegación que escita sus aplausos; pero al concluirse la función, concluyen los efectos de ese enternecimiento y de ese aplauso. Y sin embargo, el que eso siente demuestra que su alma no está poseída del egoísmo; que hay en ella todavía sentimientos de compasión y caridad: lo que falta solo es esplotarlos, aplicando á la vida real y positiva lo que se ve en la escena ficticia del teatro.

Anatematicemos, pues, el egoísmo brutal, pero deploramos también el indiferentismo que lo prepara. Importa convencer á las gentes del gran mundo, que nuestra alma sirve para algo más que para el placer, la moda y las distracciones; que sin ser anacoretas ni aspirar á un ascetismo perfecto, podemos vivir en la sociedad y disfrutar de sus goces y ventajas, pero sin sacrificarlo todo á ellas; que nuestro espíritu tiene ancho campo en que ocuparse; que la época es de actividad y no de lasitud; de lucha y no de reposo; que la indiferencia es hasta un anacronismo en un tiempo en que todo, lo bueno y lo malo, se analiza y se investiga; y que llevada al extremo nos conduciría á un estado parecido al de los brutos, que son indiferentes porque solo tienen instintos materiales.

Si se convenciesen de tales ideas algunos de nuestros indiferentes, á ellos les resultaría ventaja, y á los pobres provecho y consuelo. Desde el momento en que el hombre salga del círculo árido de la indiferencia, lo primero quizás con que tropezará en la vida serán los espectáculos de los que sufren y de los que lloran; y como su sensibilidad estaba sofocada, pero no extinguida, renacerá fervorosa para emplearse en la grata ocupación de hacer bien á sus semejantes.

¡Guerra, pues, al egoísmo, que calcula friamente! Pero ¡guerra también á la indiferencia, que ni piensa ni calcula!

Antonio Guerola.

A UN EXPOSITO.

Llora, llora, pobre niño,
Este tu llanto no cese,
Que no hay lágrimas bastantes
Para deplorar tu suerte.

Aún no conoces tu daño,
Y aunque llores, no comprendes
¡Desdichado! lo que dicen
Esas lágrimas que viertes.

Amargas serán el día
En que, al verterlas, recuerdes
Que comprada era la madre
Que te nutrió con su leche,
Que eran comprados los besos
Con que sellaba tu frente.

De *madre* el nombre querido
Repetirás muchas veces
Sin que nadie te responda:
—Hijo del alma, ¿qué tienes?—

Si de una caricia pura
El dulce consuelo sientes,
A la caridad bendita,
Pobre niño, se la debes.

Honda será tu amargura
Cuando busques y no encuentres
Quien dé consuelo á tus penas,
Quien de tus dichas se alegre;

Y al verte solo en el mundo,
Que tantos peligros tiene,
Sin que una madre amorosa
La senda del bien te muestre.

Ni aun podrás hallar consuelo
A tus solitarias preces,
Uniendo el nombre ignorado
De aquella á quien el sér debes.

¡Oh! cuán tristes pensamientos
Se agolparán á tu mente
Al ver que los años pasan
Sin que mejoren tu suerte,

Sin encontrar el cariño
Que nos hace gozar siempre,
Dejando dulces recuerdos
Que el corazón enternecen.

Amor purísimo y santo,
De virtud y dicha germen,
Bien inefable, que ignora
Aquel que madre no tiene.

Mas no por vivir sin madre
De haber nacido te pese,
Que Dios es padre de todos,
Amor para todos tiene;

Y al ver que sin ella vives,
Bondadoso hará sus veces,
Él te mostrará el camino
De que apartarte no debes.

Nunca jamás le abandones,

Y síguele, atento siempre
A ser fiel á sus mandatos,
A cumplir sus sábias leyes.

No temas que por humilde
Sea mezquina tu suerte,
Ni por ser tu nombre oscuro
De llevarle te avergüences.

Quizá te destinó el cielo
Para un alto fin, que á veces
De los pequeños se vale
Para enseñar á los fuertes.

Dios, cuando á los hombres juzga,
Solo á sus obras atiende,
Y da por nobles las almas
Que la virtud ennoblece.

Todos nacemos hermanos,
Hijos de un Padre clemente,
Que amor y perdon ordena
Como base de sus leyes.

Cuando por tu madre clames,
De su culpa no te acuerdes,
Porque al fin te dió la vida,
Y tu respeto la debes.

No maldigas su memoria,
Que ni tú juzgarla puedes,
Ni el que maldice á su madre
Ser hijo de Dios merece.

Elvira Solís.

SUSCRICION A FAVOR DE BARCELONA, ALICANTE Y VALENCIA (1).

	<i>Reales.</i>
LA VOZ DE LA CARIDAD.....	320
Doña C. A.	20
<i>Total</i>	340

A NUESTROS SUSCRITORES.

Recordamos por última vez á los que no han pagado el primer semestre, que están en deuda con los pobres. Volvemos á rogar á los que piensen dejar la suscripcion, que devuelvan el periódico.

(1) Las limosnas de Madrid se reciben en la librería de *Aguado*, las de provincias se remitirán á *D. Antonio Guerola*, Jovellanos, 3, principal.